

PERFORMATIVIDAD Y ONTOLOGÍA SOCIAL

Alcances de lo semiótico y lo lingüístico en la constitución del orden social

PERFORMATIVITY AND SOCIAL ONTOLOGY

The scope of semiotics and linguistics in the constitution of social order

Dr. Leandro Paolicchi¹

CONICET - Universidad Nacional de Mar del Plata

leandropaolicchi@gmail.com

ORCID: 0009-0003-9484-7754

Recibido: 03-01-2024 • Aceptado: 12-09-2024

RESUMEN

En el presente artículo abordo una serie de teorías que han tenido a la performatividad y a la comunicación, más precisamente, como centro de indagación y como forma de explicar la constitución de las dimensiones fundamentales de la estructura social. En concreto, presentaré y discutiré aquí el llamado ‘constructivismo comunicativo’, representado por las teorías de H. Knoblauch y J. Reichertz. Luego de presentar su relevancia y algunas de sus características más destacadas (I), hago foco en el problema del alcance de lo lingüístico en estas teorías (II), así como en el fundamento del lazo social tal como ellas lo entienden (III). Finalmente

¹ Doctor en filosofía, docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina) e investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Como becario del DAAD, ha realizado estudios doctorales (2012) y posdoctorales (2014) en la Goethe Universität de Frankfurt am Main (Alemania). Durante el 2023 ha sido investigador invitado en el Cluster Normative Ordnungen también de dicha universidad. Es autor de los libros *Praxis, sentido y normatividad. Hacia una reconstrucción pragmática de las acciones humanas* (2014) y *Pragmática y ontología social. La performatividad del habla entre las estructuras semánticas y la agencia colectiva* (2023).

(IV), esquematizo cuáles deben ser las condiciones generales en las cuales es posible desarrollar estos planteos como ontologías sociales.

Palabras clave: performatividad, comunicación, estructura social, lenguaje, semiosis.

ABSTRACT

In this paper I address a series of theories that have had performativity, and more precisely communication, as the center of inquiry and as a way of explaining the constitution of the fundamental dimensions of the social structure. In particular, I will present and discuss here the so-called “communicative constructivism”, represented by the theories of H. Knoblauch and J. Reichertz. After presenting their relevance and some of their most outstanding characteristics (I), I focus on the problem of the scope of language in these theories (II) as well as on the foundation of the social bond, as they understand it (III). Finally (IV), I outline what should be the general conditions within which it is possible to develop these approaches as social ontologies.

Keywords: performativity, communication, social structure, language, semiosis.

Introducción

RI Gran parte del atractivo de las teorías del discurso (Cooke, 2008, y Keller 2007, pp. 42-55) está en que, a la manera de la teoría de sistemas, ponen los procesos de constitución de la realidad social más allá del alcance de los procedimientos subjetivos de actores particulares (Renn, 2005, p. 101, y Moebius, 2013, p. 60). Esta ruptura con el subjetivismo en la teoría social es explícita en muchos de esos esquemas, por ejemplo, en su discusión con el existencialismo o la fenomenología. El discurso instituye ámbitos de la socialidad que no solo son independientes en su dinámica de las acciones individuales, sino que las crean y las instauran a la manera de posiciones de sujeto. Muchos de estos planteos incluso le atribuyen a estas macroestructuras discursivas una dinámica propia tan independiente de las acciones subjetivas de los actores que terminan configurándose a sí mismas a la manera de macro sujetos sociales.

De esta manera, algunos de estos enfoques no solo recaen en los inconvenientes de no poder explicar de manera adecuada las transformaciones y las evoluciones de esas configuraciones a la luz de los aportes reales que efectúan los actores individuales y colectivos, sino que terminan quedando atrapados en el subjetivismo que se proponen superar. En efecto, la forma que tienen de superar el subjetivismo

de raíces modernas es a costa de proyectar en ocasiones las mismas facultades y las mismas dinámicas que antes se les adscribían a los individuos ahora a esas macro instancias. Los paralelismos son evidentes entre las acciones que antes se le asignaban al sujeto trascendental y las que en esos planteos se les atribuyen a las estructuras sociales. Ello prueba que no se puede superar esa metafísica moderna solo desplazando las acciones de un sujeto a un macro sujeto que se compone a sí mismo de manera independiente y autónoma. Deben tenerse en cuenta otras variables empíricas en el orden social para poder explicar su conformación y reproducción.

De cualquier modo, estas teorías tuvieron el valor de retener para la descripción social y para las reconstrucciones ontológicas una dimensión ineludible de constitución de la socialidad, lo que constituye uno sus grandes logros: mostrar cómo las dimensiones estructurales de la sociedad se organizan en grandes esquemas semánticos, formaciones discursivas u órdenes simbólicos de saberes colectivos mediante prácticas del discurso. Cualquier reelaboración de las bases ontológicas de lo social debe tener en cuenta la dimensión *estructural* que el discurso adopta en toda forma de organización. Las configuraciones sociales formadas a través del discurso bajo la forma de esquemas semánticos es una de las líneas imprescindibles que toda reconstrucción debe dejar al descubierto. Allí reside gran parte del potencial *político* que guardan estos esquemas, en la medida en que esas disposiciones son referencias para describir los procesos de formación de vínculos y subjetividades, así como información para cualquier empresa crítica que cuestione esos nexos y esos procesos de subjetivación o de cualquier otra evolución social.

Ninguna de las teorías sociales actuales que aborde las disposiciones básicas de la sociedad ha negado esa dimensión macro, la hayan entendido en términos de discurso o no (Joas y Knöbl 2017). Los programas de la intencionalidad, por ejemplo, no se presentan a sí mismos con las pretensiones de desarrollar una teoría abarcadora de las estructuras sociales o, si lo hacen y no tiene en cuenta ese plano, son claramente inconsistentes. Es característico de muchos de los enfoques contemporáneos en teoría social el presentarse como una síntesis entre el eje macroestructural y la meso y la microagencia (Joas y Knöbl 2017, pp. 474-517). Pero ninguna niega ya que los sistemas sociales son un componente elemental que condiciona de manera fundamental a los otros espacios. Los enfoques que se desarrollan *exclusivamente* en términos del interjuego de actores individuales son inviables para explicar en que se conforman y se reproducen los espacios básicos de nuestras organizaciones. La teoría social contemporánea es consciente, en esta vieja discusión, de que es imposible explicar el orden social y su estabilidad solo mediante el cálculo maximizador o de la competencia egoísta de jugadores individuales. Toda integración es normativa y en ella juegan un papel clave las grandes estructuras ideológicas de legitimación.

En este sentido, si uno toma como referencia los esquemas sociales de la actualidad, también los planos micro y meso social son un eje imprescindible cuando se quiere restablecer los campos básicos de la convivencia. Ya no hay elección entre uno y otro polo, simplemente ambos tienen que ser integrados cuando se trata de dar cuenta del espacio ontológico de configuración de lo social y de las dinámicas que lo caracterizan. Ha sido uno de los grandes aportes de los bosquejos actuales desarrollar la relación constitutiva y recíproca entre esas dimensiones. Una no se puede dar ni explicar sin la otra. El eje estructural no puede definir, ni en su génesis ni en su desarrollo, sino es por un conjunto de prácticas llevadas a cabo por sujetos individuales o en grupos y las prácticas colectivas no pueden explicarse sino por una referencia a las estructuras que ofrecen las reglas para interpretar estas prácticas y que otorgan el marco para la constitución de los sujetos de la acción en ellas.

Con esos señalamientos se terminan de delinear los ejes principales de una ontología social. Una ontología elaborada al hilo del lenguaje debe reconstruir, por un lado, la manera en que las prácticas lingüísticas constituyen en todo su espectro los esquemas semánticos que funcionan estructuralmente en la sociedad. Por otro, debe también reconstruir cómo esos esquemas semánticos se estructuran sobre la base de determinados conjuntos de reglas y constituyen a los sujetos que se mueven en ellas y a las relaciones establecidas entre ellos. Finalmente, debe también especificar los modos en que las prácticas lingüísticas colectivas de esos sujetos afectan y determinan los sistemas bajo los que se mueven, así como sus propias subjetividades. De esta manera, estas dimensiones –la estructural, la subjetiva y la intersubjetiva– y sus relaciones recíprocas determinan un último conjunto de tareas, que se refiere concretamente a los mecanismos específicos que adoptan las relaciones entre esos ámbitos.

De todos modos, a pesar de que esos espacios han sido suficientemente delimitados, hay algunas características de uno de ellos que deben ser aún desarrolladas. Mientras que el carácter *semántico* de las macroestructuras sociales ha sido trabajado de manera pormenorizada (por ejemplo, bajo la forma de su génesis, mantenimiento y relación con otros interdiscursos, entre otros aspectos [Link, 2005, pp. 101-126 y Fairclough, 1992, pp. 101-136]), está sin explorar ciertos aspectos de lo que significan en términos pragmáticos las prácticas discursivas. Es todavía un déficit que mantienen las grandes teorías de lo social en términos de lenguaje, tanto en el constructivismo social de Berger y Luckmann como en el posestructuralismo (Foucault o Laclau, por ejemplo), extraer todas las características y facultades de la dimensión pragmática de las prácticas discursivas. Es decir, cuál es el real alcance de aquello que se hace cuando se habla, en qué dimensiones se expande y constituye así como las estructuras internas y externas que se ponen en juego. Esto es ni más ni menos lo que exigen una serie de planteos (discursivos y no discursivos) abocados a la investigación de los alcances de las teorías estructurales en la reproducción social (Renn, 2005 y Seel 2002, pp. 89-100). En este sentido, tradicionalmente

se ha mencionado y destacado el carácter pragmático de estas prácticas, sus efectos reales sobre la existencia de los sujetos intervinientes y sobre la realidad social sobre la que operan. No obstante, todavía hay en esta dimensión aspectos que deben ser elaborados en toda su extensión para reconstruir de un modo más adecuado las potencialidades de esta capacidad de la acción lingüística. En muchas de las teorías, con el acento puesto en la agencia individual o colectiva, así como en el discurso como una forma concreta de acción lingüística operando sobre las estructuras sociales, no se ha explorado de modo exhaustivo esta forma de práctica discursiva, al punto de que parece que en sus esquemas la praxis lingüística queda asimilada a la dimensión semántica (las macroestructuras de sentido) sin considerar apropiadamente qué significa en términos sociales la performatividad del habla.

En este sentido cobra relevancia el constructivismo comunicativo, pues se ofrece como una propuesta para suplir esa falta en el panorama contemporáneo. En función de ello es que se expondrá a continuación algunas de sus características generales, las que pueden ser vistas como componentes a rescatar en una ontología social centrada en la praxis del habla. Luego (II y III), se abordarán dos puntos problemáticos de estos enfoques, para terminar (IV) con el señalamiento acerca de cuál debe ser el contexto en el que pueden ser integrados los elementos que aportan estas teorías.

I. Características y alcances de la performatividad

Un primer aspecto no suficientemente abordado es la facultad de crear lazo social de la performatividad del habla. Se ha dicho en extenso que esta dimensión crea realidad social, pero, en muchas teorías que sostienen esta posición, se ha especificado solo un modo. En efecto, algunos de los que más han puesto el foco sobre la forma en que funciona la performatividad creando realidad social han sido ciertos autores posestructuralistas. En muchas de estas teorías (por ejemplo, Butler, 1997) la performatividad genera subjetividades en la medida en que se aplican categorías o esquemas semánticos en repetidas ocasiones a cuerpos o individuos. Allí, en un punto, se ha seguido la lección básica de la teoría de los actos de habla que Habermas o Foucault a su manera continúan y que aquí también se intenta hacer. Incluso se agrega allí un elemento de relevancia que está ausente en los planteos intencionales y que aparece también en el constructivismo social. La fuerza constitutiva del acto de habla y la praxis lingüística está vinculada con la rutinización de ese acto y esa práctica (Moebius, 2013, p. 68). La creación de realidad social no se produce en un solo acto intencional, sino a través de la continuidad y repetición de ese acto, que de todas formas nunca es igual.

Esta es la manera fundamental bajo la cual estos autores cercanos al posestructuralismo han comprendido el efecto constitutivo de la performatividad. De todas maneras, es *una* forma bajo la que la praxis lingüística crea realidad social, importante, *pero no la única*. Otro modo de conformar ámbitos fundamentales de la socialidad mediante la dimensión pragmática del habla es la creación de vínculos sociales entre individuos y grupos. Quienes más han investigado este aspecto son los que han tematizado la performatividad bajo la categoría de la comunicación (Habermas, 1981, Reichertz, 2013, pp. 49-65, Knoblauch, 2013, 2016, 2017 y 2019). En este contexto, tanto Jo Reichertz como Hubert Knoblauch (con algunos aportes también de Reiner Keller) han defendido lo que han llamado el ‘constructivismo comunicativo’. Al enfocar los modos de la comunicación se ve más en detalle cómo la performatividad genera los lazos sociales que están a la base de las más simples hasta las más complejas formas de instituciones, incluido el lazo social mismo.

La comunicación como una praxis lingüística ha sido caracterizada con muchos de los rasgos que otras teorías asignan al discurso. El primero de ellos es que a esta praxis del lenguaje debe entenderse como una forma de acción (Reichertz, 2013, p. 49). Este es el punto cero de todos los planteos pragmático-lingüísticos en términos de teoría social. A diferencia de las macroestructuras sociales que cristalizan en sistemas de significado, es decir, como macroextensiones semánticas, las praxis del habla, entre ellas la de la comunicación, debe concebirse como una forma de acción concreta, en este sentido, la comunicación ha sido concebida en una relación de constitución recíproca con el todo social y las estructuras de las que forma parte (Keller, 2013, pp. 90-91). Casi por definición la comunicación no puede ser entendida, al menos en algunas de sus propiedades, sin el contexto de las reglas en las que se desarrolla (Escandell, 2013) y, por lo tanto, está determinada por esas estructuras. De todas maneras, la praxis de la comunicación también altera esa estructura a la que pertenece y la recrea en cada nuevo acto de habla. Este es el rasgo que ciertos posestructuralistas han pretendido resaltar con el concepto de iterabilidad (Moebius, 2013, p. 62). La comunicación es producto de su contexto, el que se crea en cada nuevo acto de realización: “La praxis de la comunicación es expresión de la cultura de una sociedad y al mismo tiempo la crea a esta siempre de nuevo” (Reichertz, 2013, p. 49).

Entre quienes entienden la praxis lingüística bajo la forma de la comunicación y acentúan su capacidad de crear lazo social, hay quienes han guiado la investigación hacia las estructuras internas a esa forma de praxis con el objetivo de encontrar allí las condiciones que hacen posible dicho lazo (Habermas, 1981, 1984 y 1999). La tematización de la comunicación bajo la rúbrica del constructivismo comunicativo busca acentuar aspectos más bien *externos* que no están presentes en las formas usuales de entender esta praxis, incluso las que la han llamado discurso, lo que hace relevante la discusión aquí presentada. Los modos de focalizar el lenguaje como factor de enlace (el mencionado Habermas) y también algunas maneras de

reconstruir el discurso como praxis creadora de realidad social y subjetiva han pasado por alto dichos aspectos. En este sentido, esta corriente de investigación sobre la comunicación cubre ese déficit presentándose como una síntesis de esas otras tendencias.

Un primer punto importante es que se ha considerado la comunicación, de manera usual, como un proceso consciente, intencionado por parte de los actores que buscan entenderse sobre algo. Así, estas teorías de la comunicación coinciden con aquellos planteos que asientan el vínculo social en la intencionalidad de los actores. De todas maneras, a diferencia de esos enfoques, estas teorías también han subrayado el aspecto no consciente, sedimentado o habitualizado de la comunicación. Es decir, la comunicación y con ella la red de relaciones que sostiene el tejido social, se extiende sobre procesos ritualizados en los que no interviene de manera deliberada la intencionalidad de los actores. Al hacerse cargo de las formas rutinizadas y habitualizadas, estas teorías acusan el legado del constructivismo social de Berger y Luckmann (1966) en el modo en que la sedimentación es un proceso básico de creación y sostén del tejido social.

Otro aspecto importante de las dinámicas comunicativas –tal como hacen los esquemas que las tienen en su centro– es el problema de la identidad de los sujetos intervinientes en ella. Esta cuestión ha sido pasada por alto en las teorías de la intencionalidad y en cambio ha sido acentuada por las teorías del discurso que han hecho de ella un foco central de sus indagaciones. Las teorías de la comunicación se presentan como una especie de síntesis en la que se acentúa la capacidad de crear vínculo social y también el efecto que la comunicación tiene sobre la identidad de los individuos intervinientes. De esta manera, la comunicación es siempre una forma de asignar, modificar y, en última instancia, crear identidades. Como se ha mencionado, esta creación de identidad acontece de un modo doble (Reichertz, 2013, p. 55). Por un lado, en la medida en que se participa de una comunicación se lo hace de un modo general como portador de identidad, más allá de cuál sea específicamente. No obstante, en la comunicación siempre se asigna a los interlocutores una categoría específica en función del tema de la conversación, de los objetivos, del carácter de cada uno de los participantes. Es decir, la dinámica de la comunicación siempre asigna una identidad concreta más allá de la que los interlocutores tenían antes y por fuera de la interacción que se está llevando a cabo. Por ejemplo, si la comunicación se produce entre los propietarios de un consorcio a algunos se les atribuirá el carácter de problemáticos, a otros de pragmáticos, a otros de desinteresados y así.

Lo importante de la relación de la comunicación y la identidad de los interlocutores es que la primera introduce una dinámica que escapa a la percepción que tenemos de nosotros mismos, de nuestra identidad y de cómo nos concebimos. En los procesos comunicativos experimentamos en primera persona cómo somos

vistos, cómo se nos clasifica, se nos juzga y valora. De igual modo nosotros también clasificamos, juzgamos y valoramos a los otros interlocutores. Toda forma de comunicación recrea la identidad de los que llegan a ella y nadie se va sin ser afectado por esa dinámica. El intercambio reparte roles e identidades que la mayoría de las veces no se condice con las que los interlocutores vienen desempeñando y autoasignándose en su vida cotidiana.

Es importante destacar que la comunicación como acción lingüística concreta entre varios actores no solo es fuente de esquemas semánticos y estructuras simbólicas en el plano del saber y de la cultura, sino también es fundamental en el plano de la creación y reproducción de la sociedad en tanto generadora de lazos sociales que están a la base de nuestras instituciones. No obstante, en esta función de nexo social también tiene un efecto determinante en el plano de la personalidad. La interacción lingüística entre varios actores es creadora y asignadora de identidades. Los individuos hacen uso de los *stocks* de sentido disponibles en los universos simbólicos para establecer vínculos que invariablemente, alteran, modifican y recrean las identidades de los participantes en la interacción. Sin embargo, esto no hace más que preparar el impacto que estas nuevas identidades y estos nuevos vínculos tendrán sobre esos universos de discurso. Con esto quedan finalmente marcados los tres planos sobre los que las prácticas lingüísticas operan (Fairclough, 1992, p. 64). Los *órdenes* del saber y la cultura en la forma de esferas de sentido, el plano social en la forma de creación y reproducción de lazos sociales y, por último, el ámbito de la personalidad en tanto asignación y recreación de identidades.

Un último aspecto que me interesa rescatar de estas teorías es el tratamiento de la intencionalidad en las acciones. Como ya se dijo, estos planteos otorgan un lugar destacado a la intención en la construcción de hechos sociales, aunque la complementan con un acento también en la habitualidad, en la ritualización y en la sedimentación de las acciones comunicativas. De todos modos, la intencionalidad, para estos autores, es siempre una creación social que los actores internalizan, por lo que se convierte en la forma socialmente aceptable que estos tienen de canalizar sus deseos y sus sentimientos en los contextos en los que se movilizan (Reichertz, 2013, p. 58 y Knoblauch, 2017, pp. 185-186). Es decir, los planteos centrados en la comunicación continúan con la tradición de rescatar la intencionalidad, pero a la vez acentúan su carácter *construido* mediante el juego lingüístico en que los actores se ven envueltos (Keller, 2013, p. 81). Si bien no niegan la importancia de la intencionalidad y el lugar que le cabe en una teoría social, se resisten a concebirla como una instancia *preformada* al intercambio sociolingüístico en el que los actores se encuentran siempre inmersos.

II. El problema de la comunicación sin lenguaje

Un aspecto problemático que estas ideas ponen en juego acerca del rol de la comunicación es la insistencia en que ella no se agota en el lenguaje (Reichertz, 2013, p. 52) y que puede haber formas de comunicarse fuera de él, es decir, sin lenguaje. Naturalmente nadie negaría la existencia de formas de comunicación gestual o utilizando objetos de múltiples maneras. No obstante, lo que parece problemático en esta postura es un entendimiento demasiado acotado de lo lingüístico que no se condice con la concepción de las últimas teorías sociales del discurso e incluso con otras continuadoras del giro lingüístico. En efecto, la forma en que parecen entender el lenguaje algunas de estas teorías del constructivismo comunicativo es una práctica acotada exclusivamente a lo verbal/escrito. Como lenguaje es igual a lo verbal/escrito y hay otras formas de comunicación que no recurren a ellas, habría otras formas de comunicación por fuera del lenguaje y sin utilizar sus medios característicos.

Como se sabe, ha sido común a una serie de planteos centrales del giro lingüístico y de teoría social contemporánea, centrados en el discurso y la comunicación, la tendencia a acentuar la imposibilidad de concebir la dimensión del sentido que constituye a todas las prácticas humanas –las comunicativas y las que no lo son– sin alguna forma de lenguaje. Con esta operación, el lenguaje deja de estar acotado a lo verbal y escrito para sufrir una ampliación que abarca todo el espectro de las prácticas humanas. En la medida en que estas puedan tener un sentido para nosotros, deben desenvolverse en el plano de lo lingüístico o, si se quiere, en un plano semiótico general. Desde este último punto de vista, habría formas de comunicación sin lenguaje como piensan los teóricos del constructivismo comunicativo, pero a todas habría que concebirlas dentro del plano de la semiosis social. Por más que la comunicación no transcurra por los canales tradicionales de lo verbal/escrito, el intercambio de cualquier tipo de signo para comunicarse es también un proceso semiótico.

En este aspecto, se podría diferenciar inicialmente, de un modo analítico y en un nivel general, un plano material de la sociedad (por ejemplo, las disposiciones espaciales, los aparatos tecnológicos y el comportamiento vital del estrato biológico) de un plano de la semiosis que posibilita que esas configuraciones –así como todas las prácticas humanas– tengan un sentido para nosotros. Lo social podríamos decir, se configura en su capa más básica en la interrelación entre ese estrato material y un plexo semiótico, si así podría llamarse, posibilitador del sentido en el cual todo el mundo humano se desenvuelve.

En este último ámbito es posible ubicar y diferenciar tanto prácticas propiamente discursivas o comunicativas, como las llaman estas teorías, en tanto se valen de los mecanismos propios del habla y la escritura, como no discursivas

o no comunicativas, pero que siguen desenvolviéndose en el plano de la semiosis en la medida en que deben tener un significado para nosotros para no agotarse en movimientos materiales y cumplir con los objetivos de la comunicación, como la conformación de relaciones sociales, entre otros objetivos. Es decir, si una serie de movimientos naturales pueden aparecer como significativos para nosotros es porque han entrado en ese plexo en el que pueden ser interpretados como un lenguaje, a saber, en una relación con otros elementos o movimientos de acuerdo con ciertas reglas establecidas por nuestras propias prácticas colectivas.

Algunos de los inconvenientes de una concepción acotada de lo lingüístico pueden verse en el intento de estos autores por señalar el origen aparentemente externo de los significados que se utilizan en la comunicación. Es decir, la comunicación utilizaría significados que ella misma no produce, pero que tampoco provienen del lenguaje en general, sino de prácticas sociales:

La comunicación se sirve del lenguaje pero el lenguaje no es el lugar donde los significados se constituyen solo a partir de las diferencias lingüísticas. En cada clase de significado de las expresiones lingüísticas participa siempre y de un modo irrebasable la acción no lingüística de actores y la praxis humana. (Reichertz, 2013, p. 52)

Es decir, la comunicación se sirve del lenguaje, pero este no es el principal proveedor de significados, sino las prácticas sociales que se encuentran detrás de este. De todas maneras, es difícil ver cómo las prácticas sociales por sí mismas pueden ser origen de significación si este no es configurado por alguna forma de articulación semiótica de la cual esas prácticas participan para tener sentido. En este punto tocante al origen del significado, puede verse la comprensión acotada del lenguaje y en consecuencia también deficitaria del proceso de significación. Para que la comunicación pueda ser viabilizada sin lenguaje, debe contemplar el origen de los significados utilizados en ella fuera de este, es decir, en alguna otra práctica humana que se encontraría fuera del proceso de significación. Sin embargo, esto es claramente una incongruencia. Todo significado surge allí donde hay alguna articulación signica capaz de crearlo y esto es lo que hace propiamente el lenguaje una práctica social en sí misma y una combinación de signos, ya sea en sus variantes escritas/verbales o semióticas en general. La práctica social que genera el significado debe encontrarse ella misma en ese plano de sentido para poder ser interpretada y leída como generadora de significados.

Está claro que el significado no se encuentra en la naturaleza o en la materia esperando que el lenguaje vaya a descubrirlo y ponerlo a disposición de la comunicación, sino que es un producto de determinadas prácticas humanas que lo crean. Sobre esto puede existir un acuerdo. Ahora bien, esta práctica para que

pueda ser la génesis del sentido debe incluir de modo necesario la utilización de signos de acuerdo con determinadas reglas, proceso llamado semiosis. De esta manera, es posible concebir formas de comunicación no verbales o no escritas – como es obvio –, pero no es posible hacerlo sin alguna forma de semiosis, pues no existe comunicación alguna sin presuponer algún sentido en lo comunicado y este es producto de una articulación reglada, es decir, semiótica.

Un último punto que me interesa rescatar de estas perspectivas es que su forma de pensar la comunicación hace que los casos paradigmáticos de esta práctica no sean los de dos personas que intercambian algún tipo de perspectiva acerca de un tema o asunto. Las prácticas habituales de comunicación son entre grupos de individuos que conforman algún tipo de colectivo, ya sea porque comparten objetivos o pasados comunes. Esto me parece importante retenerlo para no alimentar una visión demasiado individual de las formas en que acontece la comunicación y para mantener la idea de que las prácticas semióticas de agencia colectiva son decisivas desde un punto de vista ontológico para la conformación de los campos más básicos de lo social.

III. Los debates en torno a lo micro

Los planos de lo social mencionados hasta aquí han conformado los campos en los que tradicionalmente se han extendido las teorías del discurso (Angermüller, Maingueneau y Wodak, 2014, p. 2). Por un lado, aquellos focalizados en las grandes estructuras sociales de significación, y por otro, aquellos más interesados en las performances empíricas de grupos de hablantes particulares en contextos situados. Los primeros se han inclinado naturalmente a las grandes teorías de lo social, mientras que los segundos a los estudios más experimentales en casos específicos. Una ontología social consistente debe aunar ambas trayectorias, no es posible ni deseable prescindir de ninguna de ellas.

Esta unión, en gran medida, está facilitada por la comprensión del sentido que tienen ambas corrientes. La manera en que se constituye el sentido social en los campos básicos de nuestra sociedad es producto de determinadas prácticas lingüísticas (o con otros signos en general) por parte de agentes individuales y colectivos. Ese sentido se fija en estructuras de significación u órdenes simbólicos que entran en un juego recíproco con las prácticas y las subjetividades que le dieron origen. Esta es la convicción común que es abordada desde los ángulos respectivos a cada tradición.

Naturalmente quienes más han tendido a pensar cuestiones ontológicas acerca de cómo se constituyen las estructuras fundamentales de la sociedad han

sido las perspectivas macrosociales y teóricas. Esto no quiere decir que carecieran del suficiente sustento empírico aportado por estudios específicos para mantener sus pretensiones macroteóricas. No obstante, su mirada ha estado puesta siempre, más que en cómo se reproducen los sentidos en las prácticas micro, en cómo estos se cristalizan en universos de discursos constitutivos, no solo de estas estructuras macro, sino también de las prácticas y las identidades de los sujetos bajo su alcance.

Ha sido recién a partir de algunos grandes teóricos sociales (Foucault y Habermas, entre otros), ocupados en sostener sus edificios teóricos con aportes de las pragmáticas, que se comenzaron a desarrollar perspectivas macrosociales a partir de la teorización en el nivel micro y, en particular, en el tipo de lazo que allí se genera. Esto alimenta también a todas las teorías de la comunicación que se mencionaron anteriormente, pues ven en la tematización de lo micro una forma de elaborar una teoría social de gran escala.

Cuando se focaliza en las microinteracciones comunicativas como el origen de las estructuras –condicionadas por estas, no estamos hablando aquí de un origen en el vacío– surge la discusión acerca de qué funda ese lazo social primigenio. En parte, las especulaciones de la intencionalidad se desarrollaban también para explicar este punto, sosteniendo precisamente que lo que funda ese vínculo es la intencionalidad compartida por ciertos actores (Schmid y Schweikard, 2009). De todas maneras, la intencionalidad por sí misma es insuficiente para explicar la fuerza que sostiene el nexo que se funda en la comunicación. A raíz de esta insuficiencia, muchos de los que consideran que la comunicación explica la génesis de las formas iniciales de lo social, han intentado desentrañar las estructuras internas de esa interacción lingüística para encontrar allí las condiciones que podrían hacer posible la estabilidad de una unión de ese tipo. Desde este punto de vista, el vínculo se generaría por la toma de posición que existiría en torno al contenido de la comunicación y al acto que la vehiculiza, y, más concretamente, en torno a determinadas pretensiones que los interlocutores se plantearían unos a otros con esos actos y esos contenidos. Existe ya una tradición consolidada que intenta explicar parte de la génesis y reproducción de lo social mediante este tipo de mecanismo (Habermas, 1981 y 1999, p. 9).

Esta última corriente en el análisis de la performatividad ha resaltado una *doble estructura* como característica de las prácticas comunicativas en la que se diferencia, por un lado, un determinado contenido proposicional y, por otro, un acto de habla específico –acto ilocutivo (Austin 1962 y Searle 1969)– en el cual ese contenido se enmarcaría. Así, el nexo entre los hablantes dependería de la fuerza vinculante que se movilizaría con el acto ilocutivo. Por ejemplo, si alguien le dice a una persona “*prometo* devolverte la deuda” o “*los declaro* marido y mujer” queda establecido con ese acto de prometer en el primer caso y de declarar en el segundo un lazo que cobra el carácter de una institución social. La ontología social de Searle erigida a partir de la intencionalidad colectiva de los actores pone en

el centro también esta forma de construir socialidad (1995, 2009, 2009b, 2010).

Otras tradiciones no han dudado en hacer descansar el potencial vinculante de las prácticas lingüísticas en el poder que vehiculizan o en la capacidad de imponer por ese medio la voluntad o los fines de algunos de los participantes de la interacción sobre los otros. Así la comunicación formaría vínculos sociales, no a través de la coordinación de pretensiones de validez, sino de la imposición de un poder por el cual unos logran que otros hagan lo que los primeros desean (Reichertz, 2019, p. 292). La comunicación en esta visión sería fundamental para la creación de la realidad social, pero como capacidad de imponer o lograr la acción de unos en favor de otros y se lo ha llamado “poder comunicativo” (Reichertz, 2013, p. 56).

Muchas de las teorías que afirman esto recurren a planteamientos que analizan no tanto las estructuras internas a la interacción lingüística, sino la función social o el estatus de los actores que ponen en marcha la comunicación. Así, los actores se encuentran no del todo igualados en sus condiciones de partida y, por lo tanto, las posibilidades de orientar el éxito de la comunicación en uno u otro sentido serían también desiguales. La creación del nexo social no dependería, según estos esquemas, de la estructura performativo-proposicional de las prácticas comunicativas sino de la posición social de la que gozarían los actores al momento de tratar de coordinar sus acciones. Los actores son siempre portadores de un *background*, no operan en el vacío, y lo que hacen en realidad es hablar por la clase a la que pertenecen o las instituciones que los habilitan (Reichertz, 2019, p. 299). De esta manera, para que la comunicación funcione como creadora de lazos sociales debería contar con un sustento institucional que la sostenga y solo de esta manera podría lograr los objetivos que algunas teorías le asignan.

En verdad, pueden encontrarse múltiples condicionantes de la comunicación cotidiana que la afectan de manera radical. La doble estructura del habla que los teóricos del lenguaje ordinario reconstruyeron no se encuentra solo en un universo teórico, sino también en su dimensión operante en todas las interacciones en que el lenguaje conforma nuestra realidad diaria, por lo que esa estructura puede y debe encontrársela conjugada en múltiples relaciones de poder y estratificación social. Estos condicionamientos no implican que ese análisis pierda validez; es más, el análisis de Austin y Searle de esa doble estructura de la performatividad y la clasificación de sus actos sirve incluso para identificar de manera más específica el tipo de acto que posibilita la coordinación de la acción a través del poder mencionado anteriormente. Mientras que los filósofos del lenguaje ordinario hicieron descansar la capacidad de generar lazo social sobre la dimensión ilocutiva de los actos de habla, adjudicaron al acto perlocucionario las consecuencias no intencionadas de estos actos.

Es sobre esta última dimensión sobre la cual estos teóricos de la comunicación que venimos analizando y que teorizan el vínculo social a través del poder hacen

recaer la facultad de crear conexiones entre los individuos, no obstante con un componente intencional, no presente en algunos de los autores que los inspiran. No es la dimensión ilocutiva de los actos de habla, sino la perlocucionaria la que genera el enlace social que es relevante para la sociedad. No es el producto de la aceptación entre sujetos de la oferta ilocucionaria que realizan algunos de ellos, sino lo que hacen unos *sobre* los otros con los actos de habla, quieran estos o se den cuenta de ello o no. Esto es también a lo que se refería Haslanger (2012) con construcción pragmática en ontología social, es decir, el uso que determinados actores hacen de los esquemas semánticos a disposición para aplicarlos o categorizar a otros individuos y, de esta manera, generar algún tipo de control sobre ellos. Aquí Foucault, Bourdieu o Haslanger pueden ser ubicados –junto a estos teóricos de la comunicación– en un mismo grupo, por la forma de ver la performatividad del habla y su capacidad de generar nexo social.

Desde un punto de vista estrictamente ontológico, debe decirse que ambas formas de entender la performatividad y la manera en que se crean relaciones sociales tienen algo de realidad. Una investigación empírica puede comprobar con facilidad que los lazos sociales se producen de ambas maneras, tanto a partir de la dimensión ilocutiva de los actos de habla como de su dimensión perlocucionaria. Para una ontología que busca determinar cómo las prácticas discursivas generan los elementos básicos de la socialidad ambos comportamientos deben ser tenidos en cuenta, pues aquí quedan al descubierto dos formas básicas de crear lo social, una que incluye un componente intencional visible a las partes (y de una forma de racionalidad por parte de los individuos) y otra que incluye un componente de manipulación (y de otro tipo de racionalidad por parte de los sujetos intervinientes).

Mientras que la última forma de génesis de la socialidad parece acercarse a formas de racionalidad instrumental, la otra deja en evidencia otra variante de la racionalidad. Obviamente, quienes están interesados en una crítica de la primera y las múltiples encarnaciones que esta tiene en las sociedades contemporáneas han prestado más atención a la última. De cualquier modo, no se trata aquí de introducir discusiones normativas, sino tratar de entender en un plano descriptivo cuáles son las manifestaciones de las prácticas discursivas que generan hechos y objetos en la sociedad. Desde esta última perspectiva ambos tipos de performatividad son relevantes. Tampoco es necesario introducirse en la discusión acerca de en qué medida los lazos generados mediante el poder son parasitarios de aquellos generados por la fuerza ilocutiva.

IV. Algunas conclusiones: ontología social más allá de la conciencia

Un punto importante que deben dejar en claro los planteamientos centrados en la comunicación, como el constructivismo comunicativo aquí presentado, es la ruptura con las explicaciones subjetivistas de lo social o basadas en la conciencia individual. Algunas teorías del discurso también tenían esta exigencia, pero muchas de ellas viraron con rapidez hacia una dimensión estructural, dejando en claro que la explicación de lo social recaía en esas estructuras y no en los rendimientos particulares de los cuales surgían esas formaciones. Eso, en principio, supuso una ventaja de esos esquemas, luego se convirtió en un problema. Para solucionar ese inconveniente surgen los proyectos que intentan complementar la dimensión macro con los aportes de la microagencia. El potencial conflicto que aparece allí es el inverso al de las teorías estructurales, pues acentuar la importancia de la microagencia implicó quedarse con una explicación de lo social en términos de aportes individuales. Esa posibilidad es nítida por el hecho de que algunas teorías de la comunicación se presentan a sí mismas como continuadoras de los planteos del constructivismo social de Berger y Luckmann, basado, como se sabe, en la fenomenología de Alfred Schütz.

Un punto objetado precisamente en el planteo de Berger y Luckmann (Knoblauch, 2019, p. 276) es que al adherirse a cierto subjetivismo de la fenomenología, no terminare de romper con ese esquema de pensamiento al cual el giro lingüístico puso como uno de los objetivos centrales de sus críticas. Una de las instancias donde puede verse esa ratificación del paradigma centrado en la conciencia es en el punto de partida del desarrollo de su constructivismo. El grado cero del constructivismo social lo constituyen las acciones sociales de personas entendidas como la suma de una conciencia y una materialidad biológica (Knoblauch, 2019, p. 281). Allí, los individuos no están constituidos socialmente, pues ese planteamiento parte de una concepción previa de los sujetos de raíz antropológico-filosófica que condiciona todo el edificio teórico. A esto debe sumarse su idea original de desentrañar cómo se construye la realidad social desde el sentido subjetivo que los actores dan a sus acciones individuales al modo weberiano. Es decir, los sujetos y el sentido de sus acciones no se construyen como tales a partir de prácticas lingüísticas colectivas, sino que —en instancias posteriores— son afectados en la socialización por los esquemas semánticos decantados de sus propias acciones subjetivas.

Lo que puede verse detrás de esas ideas es la resistencia a adoptar unas nociones propias de los planteos más radicales de las teorías del discurso en términos de teoría social. Desde este último tipo de bosquejos, en el constructivismo social se partiría de una concepción de los sujetos como conciencias con base material biológica constituidas previo a toda formación discursiva. Para una ontología social que busca reconstruir sus instancias fundamentales a partir de las prácticas

discursivas, este punto es inaceptable. No se puede desocultar ninguna estructura antropológica de los individuos previa a la interacción en las prácticas lingüísticas que lo definen. Más allá de las discusiones y de lo acertado o no de estas críticas, el constructivismo social de Berger y Luckmann quedaría por detrás de todas las teorías del discurso.

Aún más fundamental es que el sentido del que se parte es constituido por cada individuo en el interior de su conciencia y no una constitución lingüística en el exterior de las prácticas sociales, al modo del convencimiento básico del giro lingüístico. Tomar como punto de partida las acciones con sentido subjetivo otorgado por sujetos preconstituidos antropológicamente condiciona toda la arquitectura del constructivismo social y lo emplaza en aquellas teorías que buscan desentrañar las estructuras elementales de la sociedad a partir de sujetos individuales conformados previo a todo juego lingüístico de interacción.

Una teoría que pretenda poner en el centro de las explicaciones las prácticas lingüísticas de agentes colectivos o individuales debe romper claramente con ese subjetivismo residual del constructivismo y asegurar la constitución de los elementos básicos de lo social por fuera de la conciencia de cada sujeto interviniente, incluso la constitución misma de ese sujeto. Esto es lo que puede verse en constructivismo comunicativo con nitidez y por ello resulta relevante su discusión aquí. La capacidad trascendental que en la tradición moderna y en la fenomenología estaba reservada a la conciencia individual debe ser reemplazada del todo por las prácticas lingüísticas cotidianas en el mundo de la vida, noción esta última que esa tradición estableció y ayudó a desarrollar. La multiplicidad de juegos de lenguaje y formas de vida asume ahora la capacidad de constituir el mundo social que antes estaba reservada a la conciencia trascendental del ego.

De esta forma, se pueden entender de una manera acabada y continuar algunos ejes del giro lingüístico todavía vigentes. De este modo también, pueden extraerse todas las consecuencias de las teorías del discurso y del lenguaje más importantes en términos de teoría social. En este nuevo campo debe reconstruirse una ontología social, al menos en sus rasgos elementales. Cuando se produce este trasvasamiento de las capacidades que antes estaban reservadas a la conciencia trascendental a las prácticas lingüísticas en el mundo de la vida queda claro también que no hay necesidad de propiciar ningún giro materialista en la teoría social. El papel que ahora cabe al conjunto de juegos de lenguaje, de prácticas discursivas concretas es la expresión más cabal de un materialismo ontológico respecto de la forma en cómo se nos dan los objetos, los sujetos y las instituciones del mundo social. Son estas prácticas las que ofician de condiciones irrebasables de los propios individuos para la aparición de los principales elementos de la socialidad. Sin estas prácticas no hay constitutivos básicos de lo social tal como los conocemos.

Referencias

- Angermüller, J., Maingueneau, D. y Wodak, R. (Eds.). (2014). *The Discourse Studies Reader: Main currents in theory and analysis*. John Benjamins Publishing.
- Austin, J. (1962). *How to do things with words*. Oxford UP.
- Cooke, M. (2008). Diskurstheorie. En S. Gosepath (Ed.), *Handbuch der politischen Philosophie und Sozialphilosophie* (pp. 238-243). De Gruyter.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1966). *The Social Construction of Reality. A treatise in the sociology of knowledge*. Anchor.
- Butler, J. (1997). *Excitable Speech. A politics of the performative*. Routledge.
- Escandell, M. (2013). *Introducción a la pragmática*. Ariel.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Polity Press.
- Habermas, J. (1981). *Theorie des kommunikativen Handelns*. Suhrkamp.
- _____. (1984). Was heißt Universalpragmatik?. En J. Habermas, *Vorstudien und Ergänzungen zur Theorie des kommunikativen Handelns* (pp. 353-440). Suhrkamp.
- _____. (1999). *Wahrheit und Rechtfertigung. Philosophische Aufsätze*. Suhrkamp.
- Haslanger, S. (2012). *Resisting Reality: Social construction and social critique*. Oxford UP.
- Joas, H. y Knöbl, W. (2017). *Sozialtheorie. Zwanzig einführende Vorlesungen*. Suhrkamp.
- Keller, R. (2007). *Diskursforschung. Eine Einführung für SozialwissenschaftlerInnen*. VS Verlag.
- _____. (2013). kommunikative Konstruktion und diskursive Konstruktion. En R. Keller, H. Knoblauch, J. Reichertz, (Eds.), *Kommunikativer Konstruktivismus. Theoretische und empirische Arbeiten zu einem neuen wissenssoziologischen Ansatz* (pp. 69-94). Springer.
- Knoblauch, H. (2013). Grundbegriffe und Aufgaben des kommunikativen Konstruktivismus. En R. Keller, H. Knoblauch, J. Reichertz (Eds.), *Kommunikativer Konstruktivismus. Theoretische und empirische Arbeiten zu einem neuen wissenssoziologischen Ansatz* (pp. 25-48). Springer.
- _____. (2016). Diskurstheorie als Sozialtheorie? Das Verhältnis des diskursiven zum kommunikativen Konstruktivismus. En S. Bosancic y R. Keller (Eds.), *Perspektiven wissenssoziologischer Diskursforschung* (pp. 11-29). Springer.
- _____. (2017). *Die kommunikative Konstruktion der Wirklichkeit*. Springer.
- _____. (2019). From the social to the communicative construction of reality. En M. Pfadenhauer y H. Knoblauch (Eds.), *Social Constructivism as Paradigm? The Legacy of The Social Construction of Reality* (pp. 275-291). Routledge.
- Link, J. (2005). Warum diskurse nicht von personalen Subjekten 'ausgehandelt' werden. En R. Keller et al. (Eds.), *Die diskursive Konstruktion der Wirklichkeit. Zum Verhältnis von Wissenssoziologie und Diskursforschung* (pp. 77-99). UVK.

- Moebius, S. (2013). Handlung und praxis: Konturen einer poststrukturalistischen Praxistheorie. En S. Moebius y A. Reckwitz (Eds.), *Poststrukturalistische Sozialwissenschaften* (pp. 58-74). Suhrkamp.
- Reichertz, J. (2013). Grundzüge des kommunikativen Konstruktivismus. En R. Keller, H. Knoblauch, J. Reichertz (Eds.), *Kommunikativer Konstruktivismus. Theoretische und empirische Arbeiten zu einem neuen wissenssoziologischen Ansatz* (pp. 49-65). Springer.
- _____. (2019). From understanding to impact: communicative power. En M. Pfadenhauer y H. Knoblauch (Eds.), *Social Constructivism as Paradigm? The Legacy of The Social Construction of Reality* (pp. 292-309). Routledge.
- Renn, J. (2005). Wie ist das Bewusstsein am Diskurs beteiligt?. En R. Keller et al. (Eds.), *Die diskursive Konstruktion der Wirklichkeit. Zum Verhältnis von Wissenssoziologie und Diskursforschung* (pp. 101-126). UVK.
- Searle, J. (1969). *Speech Acts*. Free Press.
- _____. (1995). *The construction of social reality*. Free Press.
- _____. (2009). Einige Grundprinzipien der Sozialontologie. En H. B. Schmid y D. Schweikard (Eds.), *Kollektive Intentionalität. Eine Debatte über die Grundlagen des Sozialen* (pp. 504-533). Suhrkamp.
- _____. (2009b). Language and social ontology. En C. Matzavinos (Ed.), *Philosophy of the Social Sciences. Philosophical Theory and Scientific Practices* (pp. 9-27). Cambridge UP.
- _____. (2010). *Making the social world*. Oxford University Press.
- Schmid, H. B. y Schweikard, D. (Eds.) (2009). *Kollektive Intentionalität. Eine Debatte über die Grundlagen des Sozialen*. Suhrkamp.
- Seel, M. (2002). Für einen Holismus ohne Ganzes. En M. Seel, *Sich bestimmen lassen. Studien zur theoretischen und praktischen Philosophie* (pp. 89-100). Suhrkamp.